

Soy apolítica, dice Valeria Lynch, la intérprete argentina de la ópera *Evita*

Víctor Roura

Se alza el vestido, mírase las piernas, las acaricia con voluptuosidad y sonríe a su galán, el tanguero Agustín Magaldi, a quien le exige la traslade a Buenos Aires, gran ciudad que ella desea atrapar y alcanzar, cosa que a él, a su hombre, le parece un sueño inoportuno de niña dada la humilde condición social de su grupo, a más de ser una estupenda prostituta, codiciada por militares, ejecutivos, políticos, juniors. Pero lo que el buen Magaldi ignora es que está frente a Evita, la futura esposa del coronel Juan Domingo Perón, quien llega al poder luego de un aparente juego de niños consistente en ganar la silla después del brusco corte de una pieza musical. El Che Guevara la hace de narrador omnisciente y ubicuo, siempre en plan inconformista y cuestionador. La fecha sagrada es memorable: 22 de enero de 1944: Perón y Eva Duarte, la cuarta de cinco hijos ilegítimos de doña Juana Ibarbuen, se conocen y ella le asegura que es la mujer que él soñó tener y que no, ¡oh!, no, de ninguna manera ella habla de un placer fugaz, no habla de una noche llena de pasión, de despedirse y no verse más. Ella es para siempre, no una diversión. A lo que Perón contesta que si a esas van, él también tiene lo suyo y a ella él le conviene pues posee ni más ni menos que el poder. Entonces, no habiendo obstáculos para el amor, deciden unirse, advirtiéndole al público numeroso del Teatro del Ferrocarrilero que entre los amantes uno se aprovecha del otro y viceversa, ambos se negocian. O una cosa así. En esas andan, cuando nueve soldaditos marchan cantando que qué tonto es su coronel al meter a una puta en el cuartel y varios burgueses desentonan al confesarse confusos al saber que hoy en día ser puta es significado de distinción. Pero eso vale sombriamente ante la determinación de Eva, quien saca de la recámara a la ex amante de Perón que recoge sus maletas y se larga cantando una balada rock acerca de sus ilusiones rotas. Domingo Perón piensa que no hay problema por tener a una ex prostituta en su recámara de militar pues, al fin y al cabo, en el juego presidencial todos tienen rara actitud, afirmación que retoma Evita *Super star* para cantar que, en efecto, en el poder son 20 tontos adelante seguidos por millones atrás.

Diríase que los aplausos son interminables en el intermedio. Las pieles finas se lucen. Los vestidos de noche muy en las tendencias europeas de mayor actualidad. Los perfumes son discretos. Es gente invitada para la gran premier de *Evita*, estelarizada por Valeria Lynch un día y otro día por Rocío Banquells. Ahí está Silvia Pinal. Qué elegancia. Esto es increíble, increíble, dice Olga Guillot. Mira, yo soy apolítica y esta obra no tiene nada que ver con esas cuestiones, comenta la argentina Lynch y se dice partidaria

de la democracia, nada más que eso. Es más, agrega Lynch, yo no conocía bien a Evita, si no es por la obra yo no me documenté sobre ella. Rocío Banquells también anda por ahí, aunque esta vez a ella no le tocó el papel. Ya le tocará mañana. Ambas se alternan para representar a Evita. No, dice Rocío Banquells, no precisamente por esta obra abandoné al SAI, ya lo tenía planeado pues la verdad no me beneficiaba en nada, varios años estuve en ese sindicato y no pasó nada, el SAI ya anda mal, marcha mal. Dice no estar arrepentida de su actitud. Pero no es hora de hablar de estos asuntos ahora que los abrazos y los besos y los saludos de mano son efusivos. La clase alta se reconoce ¿ves? Y es ella la que loa y envuelve en corona de éxito la obra de los ingleses Andrew Lloyd Webber y Tom Rice y que fue puesta en escena aquí por mister Bob Lerner y la organización de Robert Stigwood reconoce públicamente que los telones laterales y frontales de Evita fueron inspirados por las pinturas de José Clemente Orozco. ¡Ay!, de que diga que la obra es totalmente inglesa. ¡Ay!, de aquel que se atreva a no ver toques nacionalistas en la pieza. Jorge Neri fue el encargado de la dirección musical, siguiendo los patrones ya establecidos. Se usó cinta, no hay música en vivo. La construcción es de Juan Pérez y de Televisa. Todo es fiesta. Los *cigarrillos*, al tono argentino, se consumen por ciento. ¡Hola!. Qué tal. Qué guapa vienes hoy. Mira a la Cifuentes muy *chic*; plena de bellas sensaciones. Evocan el aire clásico de la nobleza, la tradición y la elegancia, como los le baron. Marco Villafán, ex jefe de prensa de una compañía disquera, fue el traductor de *Evita*.

La segunda parte se desarrolla más rápido. Evita intenta repartir ilusamente —según Perón— justicia pero cae enferma. ¡Oh Dios!, la pobre se angustia. De qué me sirve un gran corazón si mi cuerpo está sin control, repite con lágrimas vivas. Muere el 26 de julio de 1952 la santa Evita *Super star* ante el clamor del pueblo. El Che grita que la disidencia es silenciada pero nadie lo pela. Todo ha acabado. La última escena es previsible: el Che y Perón iban a toparse en el camino pero al distinguirse, como dos imanes en repulsión, toman rumbos diferentes. Se alejan quién sabe adónde. Porque nadie quiere hablar de política. Ese distanciamiento es artístico. Evita es, ante todo, una obra de arte. ¡Carajo!, ¿por qué a todo quieren inmiscuirle la política?

Por supuesto, al final los vitores y los aplausos más calurosos fueron para Jaime Garza. Y Jaime Garza fue el que la hizo del Che Guevara. Obvio.